

URUGUAY
BIBLIOTECA
NACIONAL
ARCHIVO
LITERARIO

UN NARRADOR

A.S.V.
D.....

24/1165

¿Cuántas cosas nuevas, hondas, entrañables puede hallar una mirada atenta que se incline con fervor sobre las más transitadas realidades cotidianas? Una respuesta práctica, digamos así, a esta pregunta puede hallarse en un pequeño libro aparecido recientemente. Su título: *Gente poca* (Florida, Ed. Gadi, 1964); su autor: Elbio Pérez Telechea. Quince cuentos congrega este pequeño volumen y todos ellos inciden en la que ha sido la más recorrida materia narrativa de nuestra literatura: el campo y sus habitantes. Una materia narrativa, pues, que, de tan pertinazmente roturada, pudiera creerse que ha sufrido ya un desgaste sin levante. Y, sin embargo, no es así. Es ése un territorio que ofrece, todavía, muchos filones explotables. El autor de este libro lo demuestra. Ha sabido cumplir con aquella condición que en nuestra pregunta señalamos: inclinarse con fervor y mirada atenta sobre su material narrativo, y éste le ha pagado con una buena cosecha. Estos quince cuentos prenden en el lector. Se leen con gusto. Quedan en el recuerdo personajes y situaciones.

Elbio Pérez Telechea nació en Paso de los Toros en 1927 y ha convivido largamente con esos seres que ha llevado a las páginas de su libro. Esta convivencia es casi palpable en sus cuentos. Se siente allí la existencia de ese conocimiento de hombres, paisajes, oficios que sólo puede adquirirse a través de una cercanía que al mismo tiempo implique un cierto modo de complicidad: esa complicidad de quien, si la expresión nos es permitida, saborea como cosa propia las vidas ajenas. De quien las comparte con una adhesión amplia y generosa. Con compenetración cordialidad. Y de ahí proviene el tono genuino de estas narraciones, ese calor de vida que salta de todas estas páginas. Calor de vida real, bebida directamente en sus fuentes. Es éste, a nuestro juicio, uno de los valores sustanciales de este libro. El autor no procura, afortunadamente, adoptar posturas que condigan con moda literaria alguna. Ha querido apresar la vida de esa "gente pobre... gente humilde... gente poca..." que, según el mismo autor, son "los que hacen nuestra patria, con el lazo, con la reja, con el hacha, con la espuela...", y "decir como viven, como sueñan, como aman".

Y lo ha logrado. Vida y vidas circulan por sus cuentos. Vidas que muestran el rostro de lo auténtico. Este soplo de realidad vivida y transmitida con leal fidelidad es lo primero y lo que más impresiona en *Gente poca*. Cuentos sin trampas, sin falsos efectos. El autor es tan leal con sus lectores como con sus personajes.

El viejo Claro, cuento que publicamos en esta misma página, nos pone en presencia de las cualidades indicadas. Construido sobre el gozne narrativo proporcionado por una situación precisa: un "procedimiento" policial, la atención del autor está, sin embargo, fija no sólo en la situación sino, también, y fundamentalmente, en la creación del personaje que la protagoniza. El viejo Claro se levanta de cuerpo entero a través de las páginas del cuento, a pesar de la brevedad de éste. Tiene fisonomía bien reconocible y tiene historia. Cerrado el cuento, podemos proyectar imaginariamente al personaje en nuevas situaciones y saber cómo reaccionaría ante ellas. Esto es: está creado, lo conocemos. Los deuteragonistas están apenas abocetados. De ellos tan sólo se dan dos o tres rasgos. Los suficientes para dibujar sus perfiles y los únicos necesarios para la función subsidiaria que en la economía del cuento juegan: la de servir de apoyo para la creación del protagonista. Del Comisario se muestra la cobardía; del delincuente, la fortaleza física. Se crea, así, un antagonismo con el protagonista, que opone su coraje a la pusilaminidad del Comisario y su "baquía" al mayor vigor físico de su contrincante en la lucha en que se centra la acción del cuento. Digamos, además, que en éste como en los otros cuentos, el autor, que se afilia a los modos narrativos de Juan José Morosoli, aunque sin el intenso realismo poético del narrador minuano, busca la síntesis expresiva, el decir mucho en pocas líneas, el recortar sólo lo esencial en la vida de sus personajes.

Debemos congratularnos por la publicación de *Gente poca*. Es un libro reconfortante. El autor no se detiene ante los aspectos oscuros de la realidad. Pero todas sus páginas respiran esa sólida salud moral que parece ser, todavía, atributos de nuestros mejores hombres del campo.

ARTURO SERGIO VISCA